

La Contemporaneidad de don Juan Donoso Cortés

Por Ricardo PATTEE

Azorín se queja muchas veces de que ya nadie lee los grandes clásicos sabrosos de las letras hispánicas. Rodríguez Marín se lamentaba también de que el Quijote se conoce y se respeta más por el forro que por su contenido vital, puesto que ya las gentes no lo leen más. Igual podría decirse de toda una falange de pensadores españoles que no merecen de ninguna manera el apolillamiento en que se hallan ni el olvido voluntario a que se les ha destinado. Nos referimos principalmente a esos españoles que más hondamente han meditado acerca de los problemas de España y del mundo, pues ya es evidente que no se puede pensar profundamente acerca de lo particular sin llegar necesariamente a lo general. ¿Quién lee hoy en día, a conciencia y con la mente predispuesta, a Jaime Balmes, a Donoso Cortés o a Vázquez de Mella? Hay una especie burda, que se ha manoseado bastante, de que España no ha producido ni economistas, ni pensadores políticos, ni personas de primera fila capaces de ofrecer una solución a los múltiples problemas socio-políticos que afligen a nuestro mundo. Decimos, especie burda, porque precisamente los que más luz han arrojado sobre muchos de estos problemas, están descartados de antemano porque no pertenecen a lo que algunos dan en llamar la "vanguardia". Es deplorable que confundamos y tergiversemos los valores hasta tal punto que un escritor por clasificarse como **derechista** ya no es leído, puesto que la tendencia del día es de dar fé y confianza solamente a aquellos que caben dentro de ese molde algo indefinible que se llama "las izquierdas". Lo que pasa es que tendemos en el día a proyectar retrospec-

tiyamente las ideas, corrientes, pasiones y ceguera de la época en que nos ha tocado vivir.

Como vivimos en un mundo donde todos tienen que llevar una de esas camisas de fuerza que se denominan **izquierdismo** o **derechismo**; **vanguardia** o **retaguardia**; **posición avanzada** o **reacción**, pues claro está que sufrimos de una miopía lamentable que nos impide ver con la necesaria claridad la virtud del pensamiento de muchos de aquellos que tildamos de puros conservadores. Que dejemos a un lado por el momento todo este léxico enmarañado de **ismos**. Olvidemos por el momento la cuestión peliaguda de totalitarismo y democracia. Pensemos en que en todas sus etapas y en todas sus edades la humanidad ha tenido que afrontarse con los mismos problemas fundamentales de su existencia como entidad organizada y que los epítetos que esgrimimos con tanta delicia hoy en día, son pasajeros y no revelan nada del fondo de la realidad de las cosas. Sería utilísimo que fijáramos la vista en el pensamiento y la doctrina de alguien como Don Juan Donoso Cortés que ha hablado no solamente por su tiempo sino por todos los tiempos, puesto que sus ideas no se limitan a la península donde vivió ni a la primera mitad del siglo pasado durante la cual ejerció su misión y su vocación.

En la pequeña antología que acaba de darse a la luz pública en la colección **Breviarios del pensamiento español**, se nos ofrecen trozos escogidos de los discursos, cartas, ensayos y artículos de este Don Juan Donoso Cortés que tanta doctrina fecunda sembró en una vida relativamente corta. Este hombre de gran mundo, embajador, corresponsal de Metternich y parlamentario, fué, como bien lo dice el prologuista de la obrita a que hacemos mención, un profundo pesimista. ¿Y cómo podía ser de otra manera? Se ha dicho que la diferencia verdadera y efectiva entre el liberal y el conservador es que el primero ve el mundo en incesante proceso de mejoramiento y de perfeccionamiento mientras que el segundo, basándose en la fragilidad de la arcilla humana, no espera demasiado de esta débil criatura que se llama el hombre. El uno parte de la capacidad más o menos infinita de adquirir virtudes; el segundo del reconocimiento de que el hombre nace deficiente y que por mucho que se esfuerce nada puede más allá de ciertos límites. Después de todo, ya lleva el hombre unos cuantos años de continuo bregar en esto de lograr la convivencia con sus semejantes, y nos parece difícil afirmar que haya adelantado gran cosa. En este sentido, sí, que Donoso Cortés es un conservador y hasta un pesimista si se quiere. No espera demasiado de nadie; no cree que un cambio de gobierno venga a resolver las co-

sas; no confía en que con la palabra reforma se vaya a modificar la naturaleza humana. Por lo tanto su visión de las cosas de España y del mundo en general no adolece en absoluto de ningún espejismo. No pretende revolucionar, ni transformar, ni siquiera mejorar. Como dirían los franceses, su actitud parece ser que *il n'affirme pas; il ne nie pas; il constate.*

Hemos llamado a estos breves apuntes, **la contemporaneidad de Don Juan Donoso Cortés**, o sea su extraordinaria actualidad, en vista de las cuestiones específicas que se agitan en las esferas sociales y políticas en nuestros días. La lectura cuidadosa de las manifestaciones de Donoso sobre política europea y sobre las relaciones internacionales, asombra por su frescura, por su actualidad y por la intuición con que aborda las más arduas cuestiones continentales de su tiempo. Lo que pasa es que las bases de la política internacional como también la política y el comportamiento de las naciones no varían en el fondo. Lo de hoy y lo de ayer se asemejan, coinciden y a veces se identifican aunque las etiquetas se cambien o los nombres sean diferentes.

Esto es indiscutible en la política europea. El largo panorama de sus vicisitudes, miserias y grandezas es un eterno caleidoscopio, cuyas imágenes se ven siempre multiplicadas y repetidas. Las relaciones entre los estados giran en torno, muy a menudo, de cuestiones vitales diversas, pero que en el fondo son siempre las mismas. En toda la larga y fecunda historia europea no ha habido sino expansión territorial, posesión de regiones estratégicas, necesidad de expansión económica para una población creciente, ambición de conquista externa, sea en el continente mismo o en ultramar; en una palabra: bienestar y gloria.

En esta Europa del siglo XIX, tan rico en equilibrios diplomáticos y en ese cubileteo internacional que caracteriza los breves intervalos de paz entre las guerras, un factor casi imponderable se proyecta irresistiblemente en el concierto de las potencias y ese factor es Rusia. Lo que observamos hoy en día del poderío y la pujanza de la nación moscovita no es ni mucho menos un fenómeno nuevo en Europa. Rusia irrumpe en el escenario de la política europea ya desde mucho tiempo atrás. Sin hablar de Pedro el Grande y de las guerras contra Suecia y Turquía, el siglo XIX es prolijo en los ejemplos y casos de la intervención rusa en los asuntos que normalmente se consideran de Occidente. Además de su notoria expansión hacia el Oriente, con la ocupación de los inmensos territorios despoblados de la Siberia, a partir de 1878 la Rusia zarista es un factor de impor-

tancia capital en la política internacional europea. La guerra contra Turquía que culminó en el Tratado de San Estéfano y el Congreso de Berlín de 1878 son dos acontecimientos que determinan de una manera definitiva lo que podría llamarse la incorporación de Rusia a las corrientes occidentales. Desde entonces hasta la Revolución de 1917 Rusia es un elemento de peso en todo lo concerniente a las oscilaciones de la política de Europa. Sin ella no se puede explicar nada; sin ella no se puede entender ni el sistema de alianzas de Bismarck ni el complejo y enredado problema de los Balcanes. Rusia es la clave, la explicación de la mayor parte de los aspectos de la política seguida y desarrollada por las diversas potencias europeas. En el Tratado de Brest Litovsk se rompió esta relación. Rusia tornó a aislarse o para expresarlo con más exactitud, la aislaron. El **cordón sanitaire** se estableció para impedir que de este foco de infección bolchevique irradiasen al resto de Europa las nefastas doctrinas que imperaban en el antiguo imperio de los Zares.

Pero volvamos a nuestro tema. Donoso Cortés en numerosas ocasiones, particularmente en sus discursos parlamentarios, enfoca de una manera brillante el papel de Rusia en la política de su tiempo. No desperdicia el estadista español la oportunidad de señalar las características de esta política. Coloca el dedo precisamente en la llaga cuando afirma:

“Lo que más admira en Rusia es la fuerza irresistible de la expansión. Los demás Imperios del mundo no han extendido sus límites ni han ensanchado sus fronteras sino cuando han sido conducidos por el brazo indomable de capitanes insignes o de conquistadores famosos; y si por ventura les ha faltado el apoyo de ese brazo potente, luego al punto han comenzado a declinar, perdiendo como por encanto su grandeza y poderío. Esa ley de la Historia sólo ha sido quebrantada por la Rusia. Su engrandecimiento es obra suya u obra de la Providencia; no es obra de los hombres”.

Luego de esta afirmación históricamente muy exacta, continúa Donoso con la observación de que este imperio que ha sido obra más bien de la Providencia que de la valentía y arrojo de sus conquistadores, asoma luego por las puertas del Mediterráneo, dando en esta forma origen a la muy famosa cuestión de Oriente que durante tantas décadas agitaba a Europa y culminó en la desastrosa Guerra de Crimea.

La observación a que hacemos referencia, de que la expansión rusa es **sui géneris**, merece la más cuidadosa atención de todos los hombres. Los imperios convencionales, el británico, el francés, el español y el portugués llevan ese sello inconfundible del genio de una porción de hombres. Las conquistas realizadas por estas potencias, tanto en América como en Asia o en Africa, son obra de capitanes audaces e intrépidos. La conquista de Africa y su reducción al estado de colonia de las diversas naciones emprendedoras europeas es la epopeya de hombres como individuos; de exploradores, fundadores de colonias y artífices de imperios, como David Livingston, Brazza, Stanley, Karl Peters y tantos otros, terminando en ese constructor imperial por excelencia que fue Cecil Rhodes. La expansión de Rusia ha sido más bien anónima. Con esa fuerza irresistible de que nos habla Donoso Cortés, el imperio se iba extendiendo hacia el Pacífico, hacia el Cáucaso y hacia la Europa Occidental. Si hay una clave de toda la historia rusa es que su expansión es una fuerza que no se ha detenido permanentemente en ningún momento. Ha sufrido paralizaciones momentáneas, por supuesto; ha sido detenida por la fuerza o por la diplomacia muchas veces, como ha sido el caso de impedirle que llegase a adueñarse de los Dardanelos y de Constantinopla, pero como verdad histórica es innegable la pujanza de la raza que poco a poco a través de los siglos, desde los tártaros a esta parte, ha ido posesionándose de más y más territorio. Reveladora es la larga e intensamente emocionante historia de la expansión hacia Siberia hasta llegar al Pacífico en Vladivostok. Solamente la trágica guerra contra el Japón sirvió para impedir que llegase a establecerse firmemente en las costas del lejano Océano.

Es preciso recordar que Rusia es el imperio más heterogéneo de Europa, sin exceptuar siquiera el antiguo imperio de los Habsburgos que de puro abigarrado no cedía en primacía a nadie. La Rusia zarista consistía, como la Rusia roja de hoy en día, de numerosas razas, y de una diversidad casi infinita de lenguas y de culturas. Es un imperio en el sentido verdadero de la palabra. Así es que la expansión nada tenía que ver con la homogeneidad racial o lingüística. La expansión venía a ser la ley de su existencia y el rasgo sobresaliente de su carácter de estado.

Además de esta expansión puramente territorial, es preciso hacer hincapié en la intervención rusa en la diplomacia europea. El imperio comenzó desde bien temprano a hacer el juego de la diplomacia del continente, a través y por medio de las alianzas y el famoso equilibrio de poderes. Donoso Cortés nos señala como un e-

jemplo clásico de dicha intervención, los tratados de 1741 en que Rusia, solicitada por la Gran Bretaña, se alió contra Francia, España y Cerdeña. Más tarde Rusia desempeñó un papel de extraordinaria importancia en el engorroso asunto de la guerra de los Siete Años. Sería imposible enumerar los casos repetidos en que Rusia ha tenido un papel de árbitro en los destinos diplomáticos de Europa. Añade Donoso Cortés en esta misma exposición que venimos analizando que "Inglaterra, por altos designios de la Providencia o por capricho de la fortuna, ha sido la que dió fuerzas al gigante que ahora amenaza su imperio".

Claro está que la referencia no es solamente a estas intervenciones de que hablamos, sino también de la gravísima amenaza que para la Gran Bretaña constituía la presencia de los rusos en los confines de Asia. Por la primera vez Inglaterra se encontraba amenazada en sus intereses vitales por la proximidad de una fuerza arrolladora e incontenible cuyos intereses estaban en pleno conflicto con los británicos.

Meditemos estas frases de Donoso refiriéndose a un estado de cosas que nos parece pretérito pero que tiene una actualidad candente. ¿Que se truequen los términos y las fechas y qué tenemos? La Rusia de hoy no es algo parecido? ¿Hay una diferencia fundamental entre las grandes líneas de la política soviética y la señalada por Donoso Cortés como característica del siglo pasado? La analogía es casi perfecta salvo los nombres de los dirigentes. Lo que vemos a diario con las declaraciones de la prensa y los pleitos que se forman acerca de las fronteras, es simplemente una repetición de lo que la política rusa siempre e invariablemente ha seguido. ¿Pide la Rusia actual mayores territorios arrebatados a los polacos? Y desde cuándo es que Rusia ha aspirado a adueñarse precisamente del territorio polaco? Desde los tiempos del desmembramiento y de la incorporación de Polonia a Rusia. ¿Aspira Rusia a un predominio en los Balcanes? También es una de las piedras angulares de la política de los gobernantes rusos desde los tiempos de Pedro el Grande. La salida al mar por los Dardanelos ha sido y continúa siendo una de las fases más destacadas de esta política. ¿Aspira Rusia a establecerse en el Lejano Oriente con una salida libre al Océano Pacífico? También es un aspecto de la política del país que no ha variado un ápice a través de los años. Donoso Cortés lo vió claramente cuando apunta que la expansión de Rusia es algo inverosímil, única e inaudita política que no se conforma con ningunas de las reglas ni se ajusta a ningu-

nos de los moldes que normalmente representan el desarrollo de un imperio colonial.

Más adelante, en otras declaraciones hechas sobre el mismo problema de la política externa, Donoso habla de la existencia de una política exterior por las diversas naciones europeas. Es un punto que exige la consideración más precisa. ¿Cuántas naciones contemporáneas poseen lo que puede llamarse una política exterior? No nos referimos a las relaciones normales y protocolares entre las naciones. No nos referimos ciertamente a la mera presentación de credenciales o a las declaraciones de cajón que se suelen emitir en estas ocasiones. Esas no son relaciones exteriores ni nada que se le parezca. Esas son relaciones de salón y de cortesía que existen en todas partes del mundo civilizado. Al decir política exterior, queremos decir una trayectoria fija, preconcebida, que responde a las necesidades vitales de la nación y que posee una perfecta claridad y una ininterrumpida consistencia. Pocas naciones la tienen. Probablemente la Gran Bretaña ha demostrado tenerla con más persistencia a través de los siglos. Donoso Cortés habla de este problema en los siguientes términos que tienen cierto interés para nuestros días:

“Si por política exterior se entiende un sistema calculado de alianzas; si por política exterior se entiende dirigir la actividad nacional en sus relaciones con potencias extranjeras hacia un fin glorioso; si por política exterior se entiende tener un conocimiento profundo de los intereses extranjeros que nos son contrarios; un conocimiento profundo de los que nos son afines, esa política, señores, no existe hoy día en el globo; no la tienen sino tres naciones: una, en América, dos en Europa: Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos”.

Aquí tenemos, pues, una expresión concreta y una apreciación interesante. Solamente la Gran Bretaña y Rusia en Europa poseen una política exterior. La de las demás potencias no pasa de meros tanteos e improvisaciones indignos de tal término. ¿Cuál es la base de la política internacional británica, según el español? Dice Donoso “conservar sus actuales mercados y abrirse mercados nuevos”. Ni más ni menos. Aspiración mercantilista digna de una nación de mercaderes. Abrirse mercados nuevos. Aquí cabe la conquista, la guerra de expansión, la ocupación de territorios, las esferas de influencia, los puertos libres y todo aquel complicado aparato imperialista que la Gran Bretaña ha desarrollado. Tal vez explique esto precisamente

la falta de normas en su expansión. El imperio británico, como se sabe demasiado bien, es obra del azar. Las conquistas no siguen ningún concepto preconcebido y no responden a ninguna lógica. Su gobierno es arbitrario y pragmático. Algunas posesiones tienen todos los atributos de naciones independientes; otras no tienen ni siquiera los atributos de una colonia digna del nombre. Algunos son puertos y fajas de territorio arrancados a un país débil como la China. Otros son continentes como la Australia. En fin, el imperio británico es como el espíritu del genio de los ingleses; algo que no se puede definir; algo que es absolutamente reacio a una clasificación o al análisis.

¿Qué dice nuestro Donoso Cortés de la política de Rusia?

Afirma que sus grandes líneas son sencillas: "Asegurar sus antiguas conquistas y prepararse para conquistas nuevas". Aquí también tenemos reducido a su mínimo un problema complejo. ¿A qué aspira Rusia en sus alianzas, combinaciones y relaciones? Pues, a nada más que a asegurar que los territorios ya poseídos continúen en su poder y que pueda hacer nuevas conquistas. Hay una diferencia fundamental entre este concepto de la política exterior y la de la Gran Bretaña. Inglaterra interesa el comercio por razones evidentes, pues en su apretada isla con sus millones de habitantes no puede existir sin estas inyecciones permanentes del comercio exterior. Rusia es un mundo aparte. No depende esencialmente de nadie, como lo ha demostrado numerosas veces en su historia. Abrirse mercados extranjeros de nada le sirve puesto que dentro de su propio territorio nacional tiene mercados de sobra que no han sido explotados. Por lo tanto, su interés es otro: la conquista de mayores territorios y el proceso incesante de resguardar lo que tiene, agregando más. ¿Qué otra cosa fue la guerra contra Finlandia en 1939; la ocupación de las repúblicas bálticas y la anexión de la tercera parte de Polonia a raíz del pacto germano-ruso. ¿No confirman estos actos el principio sentado por Donoso Cortés cuando habla del precepto fundamental de la política internacional de Rusia? ¿Qué diferencia hay en el fondo—que sea esa Rusia, zarista o stalinista?

En cuanto a la tercera potencia que en los tiempos de Donoso apenas había comenzado a asomarse por allá: los Estados Unidos, su concepto es interesante. Recordemos que antes de 1850 la política de Estados Unidos estaba dominada por aquello del "Destino Manifiesto" o sea la inevitabilidad de su expansión territorial. Algo como lo que sucedía en el caso de Rusia. Para Rusia las inmensidades siberianas eran el lejano oeste de los norteamericanos. El Pacífico en igual sentido era la meta de las aspiraciones de ambas. Antes de 1850 ya

los Estados Unidos habían anexo a la Florida, habían adquirido del decadente imperio napoleónico la Luisiana y los territorios adyacentes y más luégo habían llevado a cabo contra México la guerra de conquista que le dió las riquísimas comarcas del sudoeste y California. Ya por lo menos había derecho para pretender definir la política de esta potencia incipiente que apenas había comenzado a cobrar conciencia de su propio destino. Para Donoso Cortés, sin embargo, la política de la nación norteamericana, en su fondo, no es la conquista ni el atropello contra las débiles nacionalidades hispanoamericanas sino "consagrar, hacer que entre, que forme parte del derecho de las gentes el principio de libertad de los mares: otro, introducir también en este derecho de las gentes el principio de que la América se pertenece a sí misma, y que, la Europa no tiene derecho de intervenir en los negocios de aquélla".

No anda demasiado errado el gran español al señalar estos dos principios como las bases de la política estadounidense. Claro está, que el segundo no es otra cosa que la consecuencia de las declaraciones del Presidente Monroe, resultado a su vez de la política astuta de Canning. Todavía, antes de mediados del siglo pasado, estaba fresca en la memoria de Europa la Santa Alianza, la independencia de los países americanos y el empeño de estos últimos en desligarse políticamente de Europa. Por lo tanto es natural y lógico señalar este principio como una de las bases de la política americana. El segundo, claro está, también representa algo que es consubstancial con la actuación internacional de los Estados Unidos. Va unido al principio de la "Puerta Abierta" invocado en el caso de la China durante el siglo pasado. No dista mucho de ser una de las bases del pensamiento wilsoniano y uno de los motivos que llevó a la nación a la primera guerra contra Alemania.

Las consideraciones que adelanta Donoso con respecto a Francia no tienen el mismo alcance o interés contemporáneo que las relativas a las demás potencias. Continúa más adelante hablando de Inglaterra y de esa capacidad singular de la Gran Bretaña de ocupar como quien no quiere, los puntos más estratégicos del globo. Dice Donoso:

"Inglaterra no aspira a la posesión material del globo: Inglaterra se contenta con considerar el globo como si fuera un inmenso campo de batalla, y ocupar las posiciones más ventajosas, las posiciones estratégicas, como si dijéramos, los puntos fortificados: ese es el sistema de la Inglaterra. Esto quiere decir

que Inglaterra no aspira a la posesión material de la Península. Inglaterra se contenta con tener dos magníficas posiciones, una en la boca del Estrecho, otra en las costas del Océano; Gibraltar y Lisboa”.

He aquí la clave de su análisis de la política internacional británica. Como hemos dicho, el rasgo que más sobresale en la historia de la expansión inglesa es que se ha conformado con tener la posición dominante pero no necesariamente la posesión material. Gibraltar, Malta, Aden en Arabia, Singapur, Hongkong, las Malvinas: he aquí una enumeración de casos que confirman esta tesis. Además de esta estrategia, talvez muy sabia, de control en vez de posesión, para así tener las ventajas sin las responsabilidades, Donoso se refiere al segundo caso que es igualmente importante e interesante y que es exactamente lo que sucede hoy en día: la dominación comercial de países políticamente independientes. Portugal es el caso más elocuente. La dominación inglesa en Portugal es proverbial hasta tal punto que los estadistas españoles del tipo de Donoso Cortés se quejan de que la integridad de la península está francamente amenazada con este doble puñal dirigido contra sus entrañas.

A pesar de su hostilidad clara a muchas de las manifestaciones del imperialismo británico, Donoso no se deja llevar por ningún apasionamiento en su frío análisis de los rasgos principales de aquel invicto pueblo que desde su apartada Isla ha podido influir en los destinos de la humanidad entera. Oigamos las observaciones de Donoso sobre el carácter inglés y su influjo en el mundo:

“El pueblo inglés lleva impresos en su fisonomía los rasgos históricos del pueblo romano: romana es su grandeza, romana su patriciado, romana su plebe, romano su heroísmo, romana su virtud. Mirad, si no, ese Imperio dilatadísimo: contemplad su gigantesca estructura, y dígame si no parece fábrica de romanos; poned los ojos después de ese patriciado, expansivo a un mismo tiempo y resistente; flexible como el junco que se mece al soplo de vientos delgados; paciente y perseverante, como si hubiera hecho pacto con la eternidad, y dígame si ese no es el patriciado de Roma. Mirad en los **meetings** esas muchedumbres hambreadas y hambrientas que, amenazando siempre con bramidos, no dan suelta nunca a las revoluciones, y dígame si esa no es aquella plebe romana furiosa y contenida cuya voz se alzaba en los tumultuosos comicios, no para pedir las cabezas de sus implaca-

bles acreedores ni para ensangrentar sus manos en los opulentos Lúculos sino para pedir la remisión de las deudas al Senado y para pedir pan a la ley".

Este es, en el fondo, un magnífico elogio del pueblo inglés. Es una comparación feliz entre las virtudes y los defectos de los romanos y sus modernos continuadores, los ingleses. Donoso Cortés deja ver su convicción, por demás comprobada, pero que todavía no se acepta lo suficiente, de que los verdaderos herederos de la tradición romana no son ningunos de los pueblos llamados latinos de Europa, sino los ingleses. Quiere decir, que el conjunto de características que tanto distingue al civismo romano y a su genio expansivo, se encuentran hoy en día redivivos en el pueblo británico. Imperio, civismo, tenacidad, dominio de las pasiones: todo está en este pueblo taciturno, enigmático y admirable. Admirable lo mismo cuando sus intereses se encuentran más en pugna con los de las demás naciones. Agrega Donoso para rematar esta breve y apresurada descripción de los británicos: "El inglés y el romano han sido los únicos pueblos de la tierra tan duros de condición y de cerviz, que la civilización misma no ha sido poderosa para labrar en su ingénita dureza y para convertirlos en apacibles y blandos".

Esta dureza de condición y de cerviz, según la feliz frase de Donoso, se han comprobado con creces durante estos últimos tres aciagos años. ¿Qué hubiera sido de esa Inglaterra acosada, amenazada y duramente conminada por los germanos si hubiera sido blanda y apacible?

"El pueblo romano fue un pueblo guerrero, teólogo y le-gista: el inglés es un pueblo de comerciantes y de jurisconsultos y de teólogos; uno y otro son esclavos de las fórmulas religiosas y de las fórmulas legales, hasta tal punto que ni la empresa más liviana osan acometer sin su ayuda".

He aquí una observación profundamente certera y aguda. La reverencia por las formas y por las fórmulas; la insistencia sobre la observación escrupulosa de las leyes: todo eso constituye algo tan inherente al carácter inglés que ningún observador de sus instituciones puede evitar dejar de percatarse de su significado. ¿Qué otro país del mundo hubiera podido gobernarse durante siglos, forjando poco a poco sus grandes instituciones jurídicas sin tener siquiera una constitución escrita? ¿Qué nación hubiera podido erigir un parlamento en

fuerza omnímoda de sus destinos, con autoridad absoluta e irrestricta y sin nadie por encima, y que ese parlamento, década tras década, fuese respetuoso de las libertades fundamentales de los ciudadanos y de las garantías básicas sin la menor presión externa? El estudioso de las instituciones británicas está siempre frente al dilema insoluble de que todo se rige por la costumbre y la usanza. Tal vez por eso, Inglaterra ha desarrollado dentro de sus islas un tipo de democracia verdadera y profunda y no ha podido establecerla jamás en sus múltiples posesiones de ultramar, excepto en aquellas habitadas exclusivamente por gentes de origen inglés inmediato.

Además de esta exclamación de verdadera admiración por lo que Inglaterra ha podido hacer, Donoso no deja de observar que esta herencia romana conlleva también un complejo sumamente grave de superioridad.

“Para el pueblo inglés hay dos grandes razas en el mundo, ni menos ni más: la raza humana y la raza inglesa: abyecta la primera, nobilísima la segunda”. Con una ironía finísima, sigue sus comentarios en torno a este concepto. Habla de la actitud típicamente británica en que el mundo gira para decirlo así alrededor de la pequeña isla. La incapacidad del inglés de ajustarse al temperamento extraño o diferente; su incapacidad mil veces observada de bregar con pueblos de raza distinta sin menoscabar sus derechos o zaherir sus sensibilidades—todo este panorama es parte de la fina apreciación que hace Donoso Cortés de la epopeya británica. Su presencia en el mundo es una realidad, **malgre tout**. Por bien o por mal hay que aceptarlo como tal. El carácter hermético y adusto del inglés, su inflexibilidad personal en contraste con la flexibilidad de su política—toda esta combinación ilógica de virtudes y de defectos merece la atención del mundo, puesto que convivimos con los ingleses y nada cambiará esa realidad.

Donoso Cortés no es ningún romántico. No cree demasiado en la comunidad de las naciones ni mucho menos en eso que algunos llaman mancomunidad de las naciones latinas. Antes de la primera guerra había mucho de esto de que las naciones meridionales de Europa pertenecían a la llamada latinidad y por lo tanto sus intereses fundamentales corrían parejo. Poincaré, Clemenceau, y algunos otros de los dirigentes franceses de aquel entonces predicaban esta doctrina con más o menos estridencia. Algunos franceses muy serios proponían la restauración de quién sabe qué conjunto de intereses a base de la estrecha colaboración de esta latinidad mediterránea. Sospechamos que los partidarios de esta idea, en Francia sobre todo, pensaban un

poco más en la supremacía y la hegemonía de Francia que en el resurgimiento de las culturas latinas. Pero, ya se sabe que afinidades de lengua, cultura y por desgracia de religión, tienen muy poco qué ver en la política. Allá está Italia que se apartó de Francia y con esta última se mantuvo durante años en una posición de franca hostilidad. España e Italia nunca han podido realizar ninguna comunidad de esfuerzos desde los tiempos en que los españoles ocupaban a Nápoles y guerreaban en las Dos Sicilias. Portugal se ha mantenido apartado de los demás y su vinculación más histórica ha sido con la Gran Bretaña y que data de tiempos de los Lancaster. Donoso Cortés resume su pensamiento sobre este punto al decir:

“Me parecería convenientísimo que el gobierno español, si quiere estar preparado para todas las eventualidades, apartase por ahora los ojos de las razas latinas para ponerlos en las alemanas y las eslavonas. Estas serán hoy, como han sido en otros tiempos, las razas de las grandes soluciones. El nudo de la cuestión está, como ya otra vez he escrito, en la conducta que adopte la Rusia”.

Palabras verdaderamente proféticas. La raza alemana y la eslavona o rusa—son las razas de las grandes soluciones. Donoso veía claramente que los pueblos latinos desempeñaban un papel menos importante cada año en la política europea, en comparación con el prestigio novedoso que venían adquiriendo Rusia y Alemania. Y nótese que lo decía Donoso muchísimos años antes de la unificación de Alemania. Lo decía en un momento en que parecía que los Estados alemanes hacían todo lo posible para debilitarse y que pocas probabilidades existían de que lograsen su unidad nacional. Sin embargo, con visión profética de la cuestión, comprendió que el centro de gravedad política de Europa se movía hacia el centro y que en lo sucesivo serían la alemana y la eslava las razas de las grandes soluciones. ¿Puede haber una idea más actual que ésta? Si hay una verdad en nuestro mundo moderno es que la raza rusa, el estado soviético o lo que se quiera, querámoslo o nó, posee ese conjunto de prestigio, fuerza y pujanza para imponer la solución que quiera.

Sería prolijo esbozar las ideas de Donoso Cortés sobre la España de su tiempo y el carácter de los españoles. Sin embargo, para mantener la idea de su contemporaneidad en el sentido de que Donoso tiene algo que decirnos que afecta nuestra realidad, basta citar

algunas frases en que delinea con maestría lo que considera la naturaleza de su propio pueblo:

“El carácter histórico de los españoles es la exageración en todo: exageramos los vicios y las virtudes, las cosas grandes y las pequeñas; hemos exagerado la perseverancia hasta luchar siete siglos contra los árabes; hemos exagerado el odio de razas hasta exterminar los judíos; hemos exagerado el sentimiento religioso hasta inventar la Inquisición; sólo nos falta exagerar el socialismo, y lo exageramos ciertamente”.

Esto es algo parecido a lo de Angel Ganivet, quien su **Idearium** formula ese concepto de que “habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores”. Los españoles, tanto para Donoso que murió en el 1853 como para Ganivet que se suicidó ya con la iniciación de la tragedia del 98, han pecado por su intransigencia y su exageración en todo. Defienden la religión católica aunque mueran todos. Defenderán el socialismo, si el día llega, con el mismo apego, fanatismo e irreductible valentía. ¿Llegó o no ese momento? Vió claro Donoso Cortés la posibilidad de que se arraigasen en territorio español las ideas socialistas que apenas habían brotado en su época? Vió los estragos que harían en la península el anarquismo, el marxismo y las demás doctrinas exóticas importadas quién sabe de dónde y aplicadas con quién sabe qué desdén por la tradición histórica hispánica?

Sería igualmente imposible trazar con algunos detalles el pensamiento político de Donoso Cortés. Tiene muchas ideas que guardan una relación íntima con nuestro tiempo. Ojalá leyésemos más a un pensador que captó el sentido verdadero de la lucha entre autoridad y libertad, entre democracia y demagogia. Donoso fue un pesimista; no creía mucho en las fórmulas. Comprendió que muchas de las instituciones políticas adoptadas por la mayor parte de las naciones y específicamente por España, nada tenían que ver con su realidad. Se percató de esa tragedia perpetua que es pretender gobernar sin la tradición, sin la experiencia y muchas veces en contra de la experiencia. Esa violación diaria de las costumbres, las ideas y la manera de ser de las gentes que constituyen **algunos gobiernos aquí en América**, merecía la condenación más vigorosa de Donoso. Sin em-

bargo, no veía en la forma de gobierno la clave de la situación. Decía en un lugar: "El mal es mucho más hondo y mucho más grave. El mal no está en los gobiernos, el mal está en los gobernados; el mal está en que los gobernados han llegado a ser ingobernables".

Negaríamos que, al proferir esta triste observación, andaba Donoso tan tremendamente errado? Y qué diremos de su afirmación siguiente cuando reitera su creencia de que "la verdadera causa del mal hondo y profundo que aqueja a Europa está en que ha desaparecido la idea de la autoridad divina y de la autoridad humana. Ese es el mal que aqueja a Europa, ese es el mal que aqueja a la sociedad; ese es el mal que aqueja al mundo". Algunos dirán—he aquí un fascista, un totalitario, un amante de la autoridad. Pobres de nosotros que no podemos ni siquiera emitir la palabra **autoridad** sin que se nos tilde de partidarios del nacional socialismo o del fascio. Donoso Cortés seguramente no era ningún totalitario.

Siendo cristiano católico, imposible que lo fuera, puesto que catolicismo y estatismo no andan muy parejos. Al hablar de autoridad, esquivá por cierto todas las vulgaridades que abundan en el mundo del día y que pasan por reflejo o imagen de la autoridad. Desfiles fantásticos, antorchas en alto como en Nuremberg; frenesí ensordecedor frente a una doctrina que necesita de camisas negras para difundirse—nada de esos grotescos remedos de la verdadera autoridad sostenía Donoso Cortés como buena y necesaria. No hablaba sino del principio que es intrínscico en el pensamiento cristiano—la necesaria sumisión del hombre a la autoridad superior—Dios primero, lo demás después.

Así es que Donoso arremete contra esa falsa idea de que religión y política son dos esferas de actividad que se excluyen mutuamente. Vivimos en un mundo en que porque a algunos señores les ha caído mal que un sacerdote ejerza las funciones de un ciudadano, niegan el derecho de la verdad revelada de Dios de influir en los llamados destinos políticos. ¿Y qué es la política, si no es precisamente la búsqueda de la felicidad del hombre por medio de la organización temporal de su vida? Si para vivir feliz necesita organizarse en una sociedad y esa sociedad requiere las formas de una entidad política, lógicamente ese estado de cosas tiene una relación directa con la misión y función de la religión, que no es otra cosa que conducir al individuo hacia su Dios. Esta pugna artificial que emplea como pretexto una clerofobia absurda nos ha llevado justamente a la conclusión funesta de que el hombre existe espiritualmente en un plano completamente diferente del social o político. Precisamente por

este radical divorcio, estamos hundidos en este marasmo moral que amenaza con acabar con la poquísima cordura que todavía existe en el mundo.

Donoso en numerosos sitios demuestra con una lógica admirable, la afinidad íntima entre religión y política; entre las cosas de Dios y las cosas del hombre. Al examinar el problema, sienta la tesis de que hay en la civilización dos fases; la una afirmativa y la otra negativa. Conviene proponer solamente la segunda fase que afecta la época contemporánea más directamente:

“El segundo periodo es lo que yo llamo negativo. En este segundo periodo hay tres negaciones. Primera negación, o como yo la llamaré negación de primer grado en el orden religioso: Dios existe, Dios reina; pero Dios está tan alto que no puede gobernar las cosas humanas. Esta es la primera negación, la negación de primer grado”.

Para Donoso, consecuencia lógica de esta primera negación es la separación entre el concepto de autoridad como emanación de Dios y la dirección de los asuntos humanos que nada tienen que ver con este Dios que existe pero que se descuida escandalosamente de nosotros. Sigue exponiendo estos conceptos que tratan, desde luego, de la esencia de la autoridad y del gobierno.

Volviendo al tema de Rusia, Donoso Cortés en un célebre discurso enuncia lo siguiente:

“No se crea por esto, sin embargo, que yo soy de opinión que nada tiene que temer Europa de Rusia; creo todo lo contrario; pero creo que, para que Rusia acepte una guerra general; para que Rusia se apodere de Europa, son necesarios tres acontecimientos. Primero, que la revolución, después de haber disuelto la sociedad, disuelva a los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando a los propietarios, extinga el patriotismo, y tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos eslavones bajo la influencia y el protectorado de Rusia”.

Este concepto del peligro ruso, se amplía con otras consideraciones. Donoso indica que cree que la expansión rusa hacia el occidente es posible, solamente si la revolución socialista cunde, para acabar con la propiedad y con ella con el patriotismo y con él con

los ejércitos nacionales debidamente organizados. Si este fenómeno se produce, y la Europa occidental cae víctima de la conflagración revolucionaria por medio del socialismo desintegrante, entonces Rusia, manejando esa vieja arma de la unión eslava, podría lanzarse a la conquista, con el terreno ya preparado y propicio. Es extraordinaria la semejanza entre la situación aquí descrita y la actual. ¿No es exactamente lo que se teme entre muchos como consecuencia del desmoronamiento del poderío nazi? Con la caída de esta barbarie, cundirá la revolución y la desintegración de la sociedad. ¿No ha pretendido Rusia en el curso de este conflicto unir en su rededor a los pueblos eslavos, so pretexto de su defensa, pero con el mismo empeño que el antiguo imperio zarista convocaba a los eslavos a la unidad a base de su afinidad racial, lingüística y cultural?

No es preciso hacer hincapié en que lo que describe Donoso no dista mucho de lo que nos espera en el día—suponiendo siempre lo peor.

¿Y qué dique hay contra este alud ruso? ¿Qué barrera se yergue para impedir que la Europa entera caiga bajo su dominación? Donoso Cortés no encuentra más que uno:

“Contra esto, señores, no hay más que un remedio, no hay más que uno: el nudo del porvenir está en Inglaterra; en primer lugar, señores, la raza anglo-sajona es la más generosa, la más noble y la más esforzada del mundo; en segundo lugar, la raza anglosajona es la que menos expuesta está al ímpetu de las revoluciones: yo creo más fácil una revolución en San Petersburgo que en Londres”.

¿Profecía? Tal vez. No deja de ser interesante ver que un español enterado del siglo pasado haya visto con semejante clarividencia un problema que cobra realidad a cada paso de avance de los ejércitos rojos.

El ideario y el pensamiento político de Donoso Cortés no son menos curiosos que este brevísimo resumen, hecho a grandes rasgos, de su pensamiento puramente internacional. Que meditemos las palabras de este insigne español como las de muchos otros que tan injustamente han caído en el más bochornoso olvido, gracias a las veleidades de nuestro tiempo.

Ricardo Patee

(Especial para “Universidad Católica Boliviana”)